La Santa Sede

DISCURSO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO I AL CLERO DE ROMA

Jueves 7 de septiembre de 1978

Agradezco vivamente al cardenal Vicario las felicitaciones que me ha dirigido en nombre de todos los presentes. Sé cómo ha ayudado, fiel y eficazmente a mi inolvidable Predecesor; espero que seguirá colaborando también conmigo. Saludo con afecto al arzobispo vice-gerente, a los obispos auxiliares, a cuantos trabajan en los varios centros y oficinas del Vicariato; a cada uno de los sacerdotes con cura de almas en el ámbito de la diócesis y de su distrito: a los párrocos, en primer lugar, a sus colaboradores, a los religiosos y, a través de ellos, a las familias cristianas y a los fieles.

Quizá hayáis advertido que ya cuando hablé a los cardenales en la Capilla Sixtina, aludí a la «gran disciplina de la Iglesia» que debía «mantenerse en la vida de los sacerdotes y de los fieles». Sobre este tema habló con frecuencia mi venerado Predecesor, y sobre lo mismo me permito hablaros brevísimamente con confianza de hermano en este primer encuentro.

Hay una disciplina «pequeña», que se limita a la observancia puramente externa y formal de normas jurídicas. Pero yo quisiera hablar de la disciplina «grande» Esta existe sólo cuando la observancia externa es fruto de convicciones profundas y proyección libre y gozosa de una vida vivida íntimamente con Dios. Se trata —escribe el abad Chautard— de la acción de un alma, que reacciona continuamente para dominar sus malas inclinaciones y para ir adquiriendo poco a poco la costumbre de juzgar y de comportarse en todas las circunstancias de la vida, según las máximas del Evangelio y los ejemplos de Jesús. «Dominar las inclinaciones» es disciplina. La frase «poco a poco» indica disciplina, que requiere esfuerzo constante, prolongado, nada fácil. Incluso los ángeles que vio Jacob en sueños no volaban, sino que subían los escalones uno a uno. ¡Figurémonos nosotros, que somos pobres hombres sin alas!

La «gran disciplina» requiere un clima adecuado. Ante todo, el recogimiento. Una vez sucedió en

la estación de Milán que vi a un maletero durmiendo pacíficamente junto a una columna y apoyada la cabeza en un saco de carbón... Los trenes partían silbando y llegaban chirriando con las ruedas; los altavoces daban sin cesar avisos que aturdían; en medio del jaleo y del ruido la gente iba y venía , pero el hombre seguía durmiendo y parecía decir: «Haced lo que os plazca, porque yo tengo necesidad de tranquilidad». Algo parecido deberíamos hacer los sacerdotes: a nuestro alrededor hay movimiento incesante y las personas, los periódicos, las radios, las televisiones no paran de hablar. Con mesura y disciplina sacerdotal debemos decir: «Fuera de ciertos límites, para mí, que soy sacerdote del Señor, vosotros no existís; yo tengo que reservarme un poco de silencio para mi alma; me alejo de vosotros para unirme a mi Dios».

Comprobar que su sacerdote está habitualmente unido a Dios es hoy el deseo de muchos fieles buenos.

Estos razonan como el abogado de Lión, cuando volvía de visitar al Cura de Ars. «¿Qué ha visto usted en Ars?», le preguntaron. Respuesta: «He visto a Dios en un hombre»

Análogos son los razonamientos de San Gregorio Magno. Este desea que el pastor de almas dialogue con Dios sin olvidar a los hombres, y dialogue con los hombres sin olvidar a Dios. Y dice: «Huya el pastor de la tentación de querer ser amado por los fieles en vez de por Dios, o de ser demasiado débil por miedo a perder el afecto de los hombres; no sea que corra el riesgo de que Dios le reprenda así: "¡Ay de aquellas que cosen bandas para toda clase de puños!" (*Ez* 13,18) El pastor —termina diciendo— debe procurar ser amado, claro está, pero a fin de ser escuchado, no buscando este afecto para provecho propio» (cf. *Regula pastoralis* 1, II, c. VIII).

Los sacerdotes son todos guías y pastores en algún grado; pero ¿tienen todos concepto cabal de lo que supone ser verdaderamente pastor de una Iglesia particular, es decir, obispo?

Jesús, Pastor supremo, dijo de sí mismo por una parte: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (*Mt* 28, 18), y por otra, añadió: «He venido a servir» (cf. *Mt* 20, 28), y lavó los pies a sus Apóstoles. Por tanto, en él iban unidos a la vez poder y servicio. Algo parecido se dice de los Apóstoles y de los obispos: «Praesumus —decía Agustín—si prossumus» (*Miscellanea Augustiniana*, Romae 1930, t. I, pág. 565)

Nosotros los obispos gobernamos sólo si servimos: nuestro gobierno es cabal si se concreta en servicio o se ejerce con miras al servicio, con espíritu y estilo de servicio. Sin embargo, este servicio episcopal fallaría si el obispo no quisiera ejercer los poderes recibidos. Sigue diciendo San Agustín: «el obispo que no sirve a la gente (predicando, guiando) es sólo un *foeneus custos*, un espantapájaros, colocado en los viñedos para que los pájaros no piquen las uvas» (*ibíd.,* 568) Por ello está escrito en la *Lumen gentium*: «Los obispos gobiernan... con los consejos, las exhortaciones, los ejemplos, pero también con la autoridad y la sacra potestad» (*Lumen gentium*, 27).

Otro elemento de la disciplina sacerdotal es el amor al propio puesto. Lo sé, no es fácil amar el puesto y seguir en él cuando las cosas no van bien, cuando se tiene la impresión de no ser comprendido ni alentado, cuando la inevitable confrontación con el puesto asignado a otros nos llevaría a sentirnos tristes y desanimados. Pero ¿es que no trabajamos por el Señor? La ascética nos enseña: no mires *a quién* obedeces, sino *por Quién* obedeces.

El reflexionar también ayuda. Yo soy obispo desde hace veinte años: muchas veces he sufrido por no poder premiar a alguno, que lo merecía de verdad; pero o no había puesto-premio, o no sabía cómo sustituir a la persona, o sobrevenían circunstancias adversas. Por otra parte, San Francisco de Sales ha escrito: «No hay ninguna vocación que no tenga sus contratiempos, sus amarguras y sus disgustos. A parte de los que están plenamente resignados a la voluntad de Dios, cada uno desearía cambiar la propia condición por la de los otros. Los que son obispos no querrían serlo; los que están casados querrían no estarlo, y los que no lo están desearían casarse. ¿De dónde nace esta inquietud generalizada de los espíritus, sino de una cierta alergia a lo que es obligación y de un espíritu no bueno que nos lleva a suponer que los otros están mejor que nosotros?» (San Francisco de Sales, *Oeuvres*, edic. Annecy, t. XII, 348-9).

He hablado a la llana y os pido disculpas por ello. Pero os puedo asegurar que desde que he llegado a ser Obispo vuestro os amo mucho. Y con el corazón lleno de amor os imparto la bendición apostólica.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana